

EL ARMARIO VIEJO

de Charles Dickens



Publicado por [Libros Gratis Online](#).
Visita el sitio para [Descarga libros electrónicos gratuitos de literatura clásica](#), libros y novelas.

Esta obra está licenciada bajo una
[Licencia Creative Commons Atribución No Comercial 3.0 Estados Unidos](#).

[El armario viejo de Charles Dickens](#)

EL ARMARIO VIEJO

(EPISODIO DE LA HISTORIA DE MI TÍO)

Eran las diez de la noche; en la hostería de los Tres Pichones, de Abbeylands, un viajero, joven aún, habíase retirado a su cuarto, y en pie, cruzados los brazos contra el pecho, contemplaba el contenido de un baúl que acababa de abrir.

—Vamos, aun puedo sacar algún partido de lo que me queda —dijo...— Sí, de este baúl puedo evocar un genio no menos poderoso que el de las Mil y una Noches, el genio de la venganza... y quizá también el de la riqueza... ¿Quién sabe?... Empecemos, primero, por el otro.

El que hubiera podido ver lo que contenía el baúl, más bien hubiese pensado que su dueño no podía hacer cosa mejor que llevárselo a un traperero; pues consistía en ropas, la mayoría de las cuales pertenecían, por la tela y la forma, a las modas de otro siglo, excepto uno o dos vestidos de mujer; pero, ¿qué podía hacer de un traje de mujer el joven cuya imaginación se exaltaba de ese modo ante aquel guardarropa híbrido? No era el tiempo de carnaval...

—¡Alto! Dan las diez —dijo de pronto—. ¡Tengo que apresurarme, no vaya a cerrar la tienda ese bribón!

Y hablando consigo mismo, abróchase el frac, se pone encima un abrigo de caza, baja, franquea la puerta, sigue por la calle mayor hasta recorrer casi toda ella, tuerce por una calleja y se detiene ante los escaparates de una tienda. Quizás sea la única abierta de todo el pueblo. Detrás del escaparate veíanse las más variadas mercancías: muebles, libros, gemelos, monedas de plata, alhajas, relojes, hierro viejo y artículos de tocador. La mayoría de esos objetos tenían un rótulo que indicaba su precio. Detrás de un mostrador con rejas había un hombre sentado, con la pluma detrás de la oreja, como un calculador que acabase de interrumpir una operación matemática para despabilar la vela; porque, en medio de todas aquellas riquezas, el hombre del mostrador se alumbraba económicamente con una prosaica luz de sebo colocada en una vieja botella vacía. También él, lo mismo que el joven de la hostería, animaba su soledad con un monólogo o uno de esos diálogos solitarios cuyas preguntas y respuestas las hace uno solo.

—Es una gran verdad, sí, señor: en un chelín hay un millón, como hay en un grano de trigo toda una cosecha para llenar un granero; el secreto consiste en colocar bien el chelín y en sembrar el grano de trigo en buena tierra. La inteligencia y el ahorro dan a los ceros valor poniéndolos a continuación de las cifras; la locura y la prodigalidad ponen la cifra a continuación de los ceros. Aquí tenemos otra semana excelente. Las doscientas libras esterlinas que me prestó ha diez años Tomás Evans, han dado excelente fruto. El imbécil perdió mi pagaré: siempre hacía lo mismo, por su acostumbrada negligencia. Eso sí, lo mismo hubiera perdido el dinero, si se hubiese presentado al vencimiento, en vez de morir dejando su herencia a su hijo Jorge, aun más derrochador que él. Creo firmemente que Tomás Evans tuvo la intención de dejarme ese legado, aunque el joven me escribió antes reclamándome las doscientas libras esterlinas, bajo el pretexto de que yo no había pagado a su padre.

—Señor mío —le contesté—, que me presenten el pagaré, y haré honor a mi firma; yo no invoco prescripción alguna; soy solvente; venga usted mismo, si no tiene confianza en su agente de negocios.

—¡Sí! ¡sí! Al joven le pareció mejor correr el mundo con una actriz y gastarse las rentas antes de cobrarlas, en América, de donde creo que no volverá. Dícese que se ha hecho cómico él también... ¡Cómico!... ¡Cualquier día le devolverá el teatro lo que le ha costado! Razón tiene nuestro ministro, el reverendo mister Mac-Holy, cuando llama escuela de Satanás al teatro. Si Tomás Evans hubiera sabido que su hijo acabaría su educación en esa escuela, además del pagaré de las doscientas libras esterlinas me hubiera legado también todo el modesto patrimonio que tan mal ha colocado el joven réprobo. ¡Comerse con una actriz la herencia de Tomás Evans, y acabar por salir él mismo a las tablas!... Ese joven está perdido. ¡No sería yo quien fuese a verle a trabajar, aun cuando me regalase la entrada!

El señor Benson, el intérprete de ese soliloquio, que ejercía el doble oficio de prendero y prestamista, era tal vez igualmente ingrato para con el teatro y para con su difunto amigo Tomás Evans; porque muchos de los artículos que existían en su tienda procedían de esos pobres comediantes que él convertía en discípulos de Satán, y los había comprado hacía poco por la tercera parte de su valor, a consecuencia de la quiebra del empresario del teatro de Abbeylands. Su última frase, pronunciada con la elocuencia de un fiel sectario de Mister Mac-Holy, quizá fuera oída por el joven pupilo de la hostería de los Tres Pichones, que, después de echar una curiosa ojeada a través de los cristales, entraba en aquel momento en la tienda.

—Para servir a usted, señor Benson —dijo—. Me felicito de que no haya cerrado aún. Tengo que tratar con usted sobre un pequeño negocio.

—¿Tiene usted algún reloj de más y algunas guineas de menos?
—preguntó Benson, abriendo un cajoncito.

—No, señor; no me sobra ninguno: respecto a las guineas, tengo afortunadamente bastantes todavía para poder comprarle un mueble que he visto esta mañana al pasar por delante de su tienda: un armario pequeño con cajones... Creo que es de encina... ¡Ah! Casualmente está ahí...

—¡Dispéñseme! —exclamó Benson, al comprender que había juzgado mal al comprador que, para hacer una compra, llegaba a la hora intempestiva que generalmente se elige para deshacerse de alguna prenda—. Dispéñseme. Si le conviene el armario está por completo a su disposición... ¡Buen mueble, en verdad... de encina, sí... y encina de primera calidad, con cajones muy útiles y bonitos! Ese armario me ha costado bastante caro, en la almoneda del granjero Merrywood, que murió la semana pasada. Pero me conformo con poca ganancia, y eso que se han puesto muy de moda estos muebles antiguos. El granjero Merrywood decía que este armario lo tenía su familia desde hace lo menos dos siglos. Puedo vendérselo por dos libras esterlinas.

—No presumo de ser inteligente en muebles viejos —respondió el joven—; pero tengo una tía a quien creo que le gustará éste, y es un regalo que quiero hacerle para completar nuestro mobiliario. No regatearé: aquí tiene usted las dos libras esterlinas. Pago al contado, con dos condiciones: primera, que el mueble sea entregado esta noche, sin gastos, y que si por casualidad no agradase a mi tía, me lo cambie usted mañana por la mañana por otra cosa, en cuyo caso, los gastos de retorno serían de mi cuenta.

—Con mucho gusto, con mucho gusto —dijo Benson, que se esperaba una rebaja de algunos chelines—. Pero, ¿cómo voy a mandarlo esta noche?

—Eso allá usted —respondió el comprador—; deseo también un recibo del dinero, y en ese recibo tendrá usted la bondad de especificar que me vende el armario con todo cuanto contiene; porque a lo mejor se encuentra una fortuna en estas arcas antiguas —añadió sonriendo—. Se citan butacas que la propietaria había rellenado antes de billetes de banco.

—¡Oh! Eso no me preocupa —dijo Benson, extendiendo el recibo—. En cuanto al transporte... No pesa mucho el armario... Yo me encargo de él. ¿Adónde hay que llevarlo?

—A la señora de Truman, calle de Salisbury, número 2, en el arrabal... No es un barrio muy recomendable; pero cada cual se aloja donde puede, yendo los alquileres tan caros.

—Es una calle muy oscura y que no goza de buena fama —objetó el prestamista—. ¿No podría usted esperar hasta mañana por la mañana? Estoy solo en casa con una criada, y, como a estas horas no encontraré en su puesto al mandadero de la esquina, es seguro que me veré obligado a llevar yo mismo el armario. Hace unos veinte años, en esa misma calle robaron y asesinaron a un hombre.

—¡Oh! ¡Si hace veinte años!... —exclamó riendo el joven—. Pero la calle de Salisbury ha mejorado mucho desde esa fecha. Además, ¿a qué ladrón seduciría la idea de robar un armario vacío, que ha estado dos o tres siglos en poder de la familia del granjero Merrywood?

El señor Benson dirigió una mirada de desconfianza al comprador; pero le tranquilizó la fisonomía franca y leal de aquel joven de veinticuatro años apenas. En efecto, ¿qué podía temer? Y además, ¡qué ocasión tan excelente para ahorrarse el viaje del mozo de cuerda! «¡En verdad —se decía— que debiera invitar a este hombre a un refresco!...» Pero esa buena intención se desvaneció como tantas otras buenas que a veces cruzaban rápidas por su imaginación.

—Si llega usted a casa de mi tía antes que yo, le ruego que le diga únicamente que es de parte de su sobrino; aunque llegaré a tiempo para recibir a usted yo mismo. Sólo me detendré un cuarto de hora en la calle mayor, y regresaré a toda prisa.

Y dicho esto, envolvióse el joven en el abrigo y se despidió del señor Benson. Este paseó una mirada de satisfacción en torno suyo.

—Vamos —dijo para sí—, he hecho un magnífico negocio que completa el día con gran beneficio. ¡Qué buen joven! Mucho debe

querer a su tía, para no regatear al hacerle un regalo. Démonos prisa a llevarle este armario, que amenazaba estorbarme aquí mucho tiempo.

Y llamando a la criada para participarle su salida, echóse Benson el armario al hombro, cerró la puerta de la tienda y encaminóse con paso rápido a la calle de Salisbury. Había cesado de llover.

Cuando llegó al número 2, el prestamista llamó por primera vez a la aldaba, sin obtener contestación: «¡Hola! —dijo para su capote—. Creo que esta es la casa que ha estado desalquilada tanto tiempo. No sabía yo que hubieran venido inquilinos. ¿A quién se habrán dirigido, pues, para los muebles?». ».

Volvió a llamar y entonces dieron señales de vida: oyéronse pasos en el pasillo, y abrió una vieja, que parecía extrañada por tan tardía visita.

—Iba a acostarme —dijo la anciana—; no esperaba más que a mi sobrino; y creí que sería él...

—Pronto estará aquí —respondió Benson—, y me ha encargado que le traiga de su parte este precioso armario. Todo está pagado... a menos que quiera usted añadir alguna propina —dijo sin el menor remordimiento de conciencia; porque el avaro prestamista pensaba que no podía impedir a la buena mujer mostrarse tan generosa como su sobrino.

—¡No faltaba más! —dijo la vieja—. Ahí tiene una moneda de seis peniques... ¡Qué amable es para su tía mi querido sobrino!

—¿Hace mucho tiempo que vive usted aquí, señora? —preguntó Benson, mientras la tía se registraba los bolsillos.

—¡No! Sólo llevo tres días —contestó la anciana.

—Gracias, señora; y si le hace falta algún mueble más venga usted misma a mi tienda, en donde hallará objetos de su agrado y baratísimos.

—Gracias a mi sobrino, no creo que me falte gran cosa: máxime cuando mi antiguo mobiliario ha llegado todo esta mañana por el canal. Buenas noches.

Embolsóse Benson la propina y se marchó, sin cuidarse más que la vieja de prolongar la conversación en el pasillo, en donde ella le había mandado dejar el armario, sin invitarle a entrar en las habitaciones.

Llegado a su casa, el prestamista, como hombre minucioso, encendió de nuevo la bujía, anotó su último ingreso y se permitió el lujo de fumar una pipa antes de acostarse, sirviéndose una copa de aguardiente para humedecer de cuando en cuando los labios. No tardó en oír dar las doce en uno de sus relojes; pero como otro dio una hora menos, creyó que este último era el que acertaba, y cargó de nuevo la pipa, para esperar que tocara un tercero. En aquel momento, paró a su puerta un carruaje.

—¿Quién puede venir a mi casa a estas horas? —se preguntó al oír que llamaban—. ¡Ya va! ¡ya va!... Probablemente será algún noble arruinado que viene a ofrecerme su vajilla hereditaria, o alguna condesa que quiera deshacerse de algún diamante que le estorba.

Con tan agradable reflexión, Benson salió a abrir. Vio una señora que descendía de una silla de postas, cuyo estribo fue levantado de nuevo por el conductor, que cerró también la portezuela, en tanto que la viajera decía:

—Que espere el coche. Tengo que tratar con usted de un asunto importante, señor Benson; entremos en su casa, si es que nadie ha de molestarnos.

Benson entró en la tienda, y, a la luz de la vela, notó que su entrevista a solas se efectuaba con una mujer de bellísimo talle, vestida con sencillez y dominada por una grande emoción.

—¿Es usted, en efecto, el señor Benson, el prestamista? —preguntó ella.

—Sí, señora; y comerciante de objetos de ocasión, muebles, libros, estatuas, relojes de pared y bolsillo, alhajas, escopetas de dos cañones, pistolas y otros diversos artículos.

—¿Estuvo usted en la almoneda del granjero Merrywood, el miércoles de la semana pasada?

—Sí, señora.

—¿Lo ha comprado usted?

—¿El qué?

—¡Ah! ¡es verdad! Aun no lo he dicho; ni debo decírselo... ¿Cuánto ha pagado usted por todos los artículos que adquirió allí?

—He hecho bastantes buenas adquisiciones, lo confieso; pero me han costado unas treinta guineas.

—¿Quiere enseñarme la nota de todos los lotes y dejarme escoger? O, mejor aún, ¿quiere usted cedérmelo todo por cien libras esterlinas?

Benson miraba a aquella señora tan emocionada, de labios temblorosos. Lo que ofrecía era de corazón.

—No, señora —respondió—, cien guineas es muy poco. Acaso para usted valga eso; pero para mí vale más.

—¡Le daré doscientas, y es negocio terminado! ¿Qué ha adquirido usted? ¿Las camas, las butacas, los aparadores?... Enséñeme la lista...

Benson descolgó de un clavo de la tienda la memoria del tasador y se la entregó a la señora, la cual la examinó, y, con la misma agitación febril, exclamó:

—¿Para qué comprobar artículo por artículo? Sólo hay uno que me interesa, y es este. Quédese con los demás y véndame ese pequeño armario con sus cuatro cajones. Señale usted mismo el precio, y no perdamos un tiempo precioso.

—¡No puede ser, señora! —dijo Benson, pálido y descompuesto a su vez—. Ese armario no está ya en mi poder; lo he vendido, y lo he llevado yo mismo al comprador.

—¡Desdichado! —exclamó la señora—. ¡Me ha arruinado usted, y se ha arruinado también a sí mismo! Ese armario nos hubiera hecho ricos a los dos. ¿Por qué me habré enterado tan tarde de la venta? ¿Por qué...? ¿Y no puede usted recobrarlo? ¿Quién lo ha adquirido? ¿Accederá el comprador a vendérmelo? Dígame su nombre y su dirección... Acaso no se ha perdido todo aún...

—No sé el nombre del comprador —respondió Benson—; pero, por fortuna, sé dónde vive; tal vez haya medio de volver a verlo... Pero antes dígame por qué le parece tan precioso el armario. Lo he examinado detenidamente, se lo aseguro: es un mueble ordinario, no tiene doble fondo, ni muelle alguno secreto... Debe usted equivocarse, sin duda.

—No hay equivocación. ¿Ha mirado usted bien los cuatro cajones? ¿Se ha fijado en su grueso? ¿No ha echado de ver que el de arriba tenía una especie de corredera en un borde?

—No... nada he visto; mas, si tan segura está usted de lo que dice, habré mirado mal... Decididamente, soy un torpe; se han burlado de mí... me han engañado...

Pareció tan aplastado el prestamista por la convicción de su simpleza, que hasta la misma señora se conmovió.

—Escúcheme —le dijo—; si se las agencia usted bien, aun podremos repararlo todo; pero es menester que obremos de acuerdo. ¿Quiere usted convenir en que nos repartamos lo que contenga el cajón?

—Pero, ¿qué contiene? —preguntó Benson, bajando la voz—. ¿Contiene realmente algo?

—¿Le ofrecería yo a usted, si no, cien o doscientas guineas por el tal mueble? En fin, quiero confiárselo todo. ¿Conocía usted al granjero Merrywood?

—No; no puedo decir que le conociera. Hace tiempo, le vendí una montura de lance, y recuerdo que, pocos días después, vino a reprocharme el haberle engañado en la calidad de la borra.

—¡Qué suyo es eso! Espíritu desconfiado, inquieto, lúgubre... Pero no siempre fue así el pobre hombre: la desgracia trastorna con frecuencia un buen carácter. Tenía una hija cuya rara belleza ponderaba todo el mundo, hace unos veinte años, hija única... ¡Pobre Carolina! Era el ídolo del padre, y tenía para él todas las atenciones del cariño filial. Agradecida de la brillante educación que recibiera quería consagrar toda su vida a tan buen padre: le leía, le ejecutaba sonatas en el piano; en una palabra, era el ángel de la casa. ¡Tan amable! Todos la queríamos.

—¿Luego la conocía usted?

—¡Si la conocía! Fuimos amigas desde la infancia; era prima mía por parte de su madre, y, aunque yo era pobre, era para mí una buena prima: exigió a su padre que habitase yo en la granja con ella; yo les ayudaba, desde luego, con multitud de pequeños servicios; pero, ¡qué delicadeza en el proceder de tan generosos parientes! Me hubieran tomado por hermana de Carolina: siempre vestida como ella, compartiendo sus diversiones, yendo al baile con ella... ¡Al baile!... Ya adivinará usted lo demás.

—¡No, se lo juro! —dijo Benson—. La escucho.

—¿De suerte que no ha oído usted hablar del viejo marqués de...? ¡Pero dejemos ese nombre odioso... Tenía un hijo, el joven conde Rogelio... muchacho amabilísimo; muy generoso, muy alegre, sin la menor arrogancia... Vio a Carolina y le chocó su belleza; la amó... como todos... ¿Quién no la hubiera amado?... Le declaró su amor y se lo hizo compartir... Lo de siempre, señor Benson...; el amor y sus penas amargas... Una noche, hará de esto doce años —sí, doce años, y transcurría el mes de septiembre— Carolina vino a verme a mi cuarto... «Prima, me dijo, ¿crees que mi padre sea hombre capaz de perdonar? —Sin duda, Carolina, le respondí. ¿No es cristiano? — Cristiano es; pero, ¿perdonaría a una hija que hubiese ambicionado

elevarse por cima de su condición? ¿Le perdonaría —añadió Carolina — el hacerse Lady? ¿Se descubriría de buen grado ante ella, como hace cuando la marquesa pasa por su lado en carroza para ir a la iglesia? —¡Qué locura! —dijo a Carolina, temiendo comprenderla». Y en cuanto me hubo confiado todo, le di un consejo de buena prima, aunque me sedujese también verla ir y venir por mi cuarto aquella noche, dándose aires de condesa, abanicándose con una zapatilla, y recogiendo la cola del traje de corte... que a la sazón no era sino la bata...

—¿Y qué sucedió? ¿Cogió una pleuresía y murió?

—No; sucedió que se produjo un raptó. Carolina desapareció una mañana de aquel mes; y desde tan aciago día el granjero Merrywood no volvió a levantar su cabeza humillada. El infortunado padre parecía olvidar que había tenido una hija. No volvió a hablar de Carolina; nadie se atrevió ya a nombrarla; y cuando, al mes siguiente, recibió carta de su hija, en la cual le decía que se iba a casar, que iba a ser una gran señora, importante y rica, pero que siempre amaría y respetaría a su padre... el granjero rompió la carta y arrojó los pedazos al aire, no pronunciando más que estas palabras: «¡Insensata! ¡Insensata!».

—Loca estaba, en efecto —dijo Benson—; porque presumo que no se casaría con ella el joven conde.

—¡Ay! no. Y ella no volvió a escribir. Merrywood subió al cuarto que ocupaba Carolina, abrió violentamente el armario de encima en que ella guardaba sus vestidos y ropa blanca, vació en el suelo los cajones, y echó al fuego trajes, lencería, cofias, toquillas, etc., etc. Aquel armario era un antiguo mueble de familia, que había pertenecido a su propia abuela, luego a su madre, después a su esposa... El cajón superior tenía un doble fondo, que servía de cartera a Carolina, y en donde ella guardaba todas las cartas que cuando estaba en el colegio recibió de su padre. El granjero Merrywood abrió asimismo ese doble fondo, sacó de él todas las cartas, intentó volver a leer una y no pudo continuar, por las muchas lágrimas que acudieron a sus ojos.

Pasó un mes; luego otro, después el año entero, y el granjero Merrywood no estaba ni menos taciturno ni menos triste, cuando recibió otra carta, la cual llevaba en el sello las armas del marqués. Abrióla Merrywood y vio que era del joven conde Rogelio, cuyo padre acababa de morir, dejándole todos sus títulos y propiedades, pero a condición de que se casara con la heredera de lord Rockingham. «Carolina, escribía el nuevo marqués, es dichosa; pero yo debo a usted una reparación personal, porque sé que su fortuna se ha resentido de sus penas. Le envío, pues, en nombre de su hija, cuatro billetes de banco, de mil libras esterlinas cada uno».

—¡Alabado sea Dios! —exclamó el prestamista—. ¡Qué señor tan noble y generoso! ¡Cuatro mil libras esterlinas! ¡Vaya una fortuna para el granjero Merrywood!

—¡Qué mal le juzga usted! ¡Ah! ¡Si hubiera usted visto como yo vi la cólera concentrada con que estrujó en sus manos la carta, sin pronunciar una palabra!... Al cabo de un cuarto de hora de triste silencio, me dijo: «Sube conmigo, Jane; deseo que seas testigo de lo que voy a hacer». Le seguí, toda temblorosa, hasta el cuarto de Carolina: «He aquí, añadió, cuatro mil libras esterlinas, que ese cobarde seductor quiere hacerme aceptar en nombre de mi hija. Líbreme Dios de tocarlas; y no se las devuelvo porque podría emplearlas en seducir a otras; pero... cuando yo muera... si alguna vez queda en la miseria la hija que me raptó, no quiero que ella se muera de hambre; justo es que recobre el precio de su deshonra: tú sabrás de dónde sacar lo que le pertenece». Y al decir esto, abrió el doble fondo, metió en él los billetes de banco, empujó el cajón con un postrer acceso de desesperación y me entregó este alfiler de plata, que sirve para tocar el muelle secreto. El granjero Merrywood ha muerto; Carolina ha dejado también de existir. ¿Para quién deben ser las cuatro mil libras esterlinas?

—¡Y yo que he vendido el armario por dos libras! —exclamó Benson—. ¡Miserable de mí! Lo repito: ¡me han robado! ¿Está usted segura de que es la única que sabía lo que acaba de contarme? ¡Ah! ¡hubiera yo debido desconfiar de ese joven de fingido candor, que

vino casualmente a escoger semejante mueble entre todos los de mi tienda!

—Dígame el nombre del comprador —repitió la dama—; no sólo poseo el secreto, sino que tengo también el alfiler.

—Déjeme el alfiler —dijo Benson—. No es demasiado tarde para ir a comprobar la cosa. Corro allá.

—No, no; quiero conservar la llave. Traiga usted el armario, y una vez que esté aquí comprobaremos juntos, y juntos lo abriremos, puesto que debemos repartir; a no ser que prefiera usted darme la dirección del comprador para que me arregle con él.

—No, no —dijo a su vez Benson—; yo he cometido la falta; yo tengo que repararla. Esté usted aquí mañana por la mañana, a las nueve.

—¡Mañana a las nueve! —repitió la prima Jane—. Buenas noches.

Y montó de nuevo en el carruaje. Benson no cerró los ojos en toda la noche, por miedo a que el sol y el joven de la calle de Salisbury se levantasen antes que él. En cuanto amaneció, corrió a dicha calle, y daban las seis cuando se hallaba delante del número 2. Antes de echar mano a la aldaba cercioróse de que llevaba en el bolsillo tres rollos de oro. «Supongo, pensaba, que la vista del dinero seducirá a mi modesto joven, y sobre todo a la tía vieja, a quien tal vez haya que desinteresar. ¡Magnífico! Estoy prevenido. Llamemos».

—¿Quién es?

—¿Está levantada la señora de Truman? —preguntó Benson, por el ojo de la cerradura.

—Aun no.

—¿Y su sobrino?

—Yo soy —respondió una voz desde dentro.

Y al abrirse la puerta, el sobrino, presentándose en persona, expresó su extrañeza por tan matinal visita.

—Señor mío —díjole Benson—, nunca madruga uno lo bastante, cuando se trata de reparar un error. Yo cometí uno anoche, al venderle un armario que me descalaba la pareja. Y vengo a deshacer el trato; pero soy demasiado justo para no indemnizarle espléndidamente. Usted mismo escogerá lo que quiera de toda mi tienda.

—De ningún modo, señor mío. Mi tía está entusiasmada con el regalo, y no creo que haya habido el menor error. Por otra parte, aun no he abierto los cajones, y recordará usted que lo he previsto todo... ¿Y si encontrase en él mi fortuna? Esos muebles antiguos de familia han enriquecido a más de un heredero, como decía a usted ayer.

Hubo una pausa. Benson reflexionaba y calculaba. Reanudó la conversación a media voz, y robusteció su elocuencia sacando del bolsillo la bolsa. Y debió hallar por fin un argumento victorioso, porque, media hora después, el armario gótico entraba de nuevo en la tienda, volviendo a desandar, en hombros del prestamista, todo el camino recorrido la víspera.

—¡Al fin respiro! —exclamó—. Pero, ¿aguardaré a las nueve? ¡Ah! ¡Esa buena prima que cree que no puedo prescindir de su alfiler! ¡He aquí una hachita que ha roto otros muchos muebles!

Diciendo esto, saca el primer cajón del armario y ve, pegado en una de las paredes interiores, un papel.

—¡Hola! ¡hola! —exclama—. ¿Será uno de los billetes?

Y lee:

«¡Recibí: Jorge Evans!».

En el mismo instante entraba el joven cómico en su cuarto de la hostería de los Tres Pichones y restituía a su baúl dos vestidos de mujer.

—¡Vamos! —se dijo—. ¡Mucha prisa se ha dado en quebrar el empresario de este pueblo! Yo hubiera podido hacerle recaudar algunos ingresos con mi estreno. He tenido bastante éxito en mis

papeles de la tía Truman y de la prima Jane. Deducidos de mis doscientas cincuenta libras esterlinas el alquiler de la casa de la calle de Salisbury, las dos libras del armario, lo que debo todavía por la silla de posta y la propina de seis peniques tan generosamente dada al ambicioso Benson, aun me quedarán las doscientas libras de mi padre, con los intereses de diez años. ¡Ojalá la conciencia de mi deudor esté tan tranquila como la mía!